



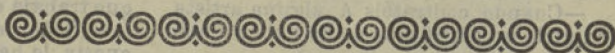
LA HOJA de PARRA



MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde



CARAS BONITAS

SUMARIO

ANTHONIUS

Sección vermuth.

F. RESTREPO GÓMEZ

Hojas de yerba.

EDUARDO ZAMACOIS

La «Perlita».

CATULO MENDES

La campanilla eléctrica.

F. SERRANO BAENA

La venganza de don Segundo.

TOVAR, PACO MATEOS

y TINO

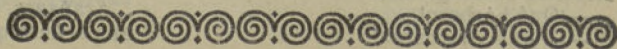
Varios dibujos y retratos de
María Stellina y Carmelita
Salón.



MARÍA STELLINA

Como artista, es una de las favoritas del público, y como mujer,
¡Caramba! Como mujer, descabeza al más exigente.

5 cénts.



SECCION VERMOUTH

¡Oh, las madres de las artistas!

Un consejo saludable para aquellas personas que tengan la peregrina idea de dedicarse á empresarios de teatros de *variétés*:

—Cuando contratéis á alguna artista, exigirla un certificado de no haber tenido madre.

Esto así, á primera vista, parece una atrocidad; pero no lo es. Unicamente tocando de cerca las consecuencias, es como se puede apreciar la bondad del consejo.

—Oiga usted, don Fulano —dice al empresario una señora de proporciones análogas al *Lusitania*—. Mi hija es una artis-

ta, ¿entiende usted? y á mi hija hay que ponerla en letras gordas. Cuanto más gordas sean, mucho mejor para mi hija.

—Mi hija —afirma otra señora, que es una caricatura de una arpía— es una verdadera «estrella», y no estoy dispuesta á que trabaje después de la *Pinguito*.

—¡Señor empresario, el profesor de orquesta le ha «tomao la fila» á mi niña, y no quiere tocarla el cuplé del «Tonto convencido»!

—¿Cómo quiere usted que toque eso á su hija el maestro?

—Pues se lo tiene que tocar; y si no, deja de trabajar. ¡No faltaba más!

—No se puede estar en este teatro —grita desde la puerta del escenario otra respetable madre.— ¡Esto es un asco! ¡Una indecencia! ¡Levantar mi hija el telón con el nombre que tiene! ¡Con los éxitos que ha obtenido en Villafrechós!

—Ah, pues mi hija no lo levanta tampoco —chilla otra madre.

—Ni la mía tampoco —agrega una tercera.

—Mejor lo puede levantar su hija, que tiene más fuerza.

—Oiga usted, so fragata—: le iba á usted hacer daño semejante honor. Pues ¡no tiene pocas pretensiones la señora; ¡como si no supiéramos todos que ha dejado el fregadero para venir aquí!

—¡Adiós la princesa de los Ursinos!

—¡Más que usted!

—Será en la Cabecera del Rastro, donde compraba usted jaulas de grillos para recomponerlas.

—A usted le arranco yo el moño.

—En cambio, con usted no podría hacer yo lo mismo.

Siguen los denuestos y las palabras propias de Juegos Florales. Caldeados los ánimos, amenguan las energías lingüísticas y aumentan las de las extremidades. Intervienen otras madres que forman dos bandos.

Arañazos, puñetazos, coces, blasfemias; una señora que se revuelca por el esce-

BOMBERO DECIDIDO



—Vaya decisión, ¿eh? El bombero se tiró desde el tejado de las Salesas á Doña Bárbara de Braganza.

—¡Qué bárbaro!

—¡Y qué «Bárbara»!

nario enseñando aquello que el más elemental pudor aconseja tapar con esmero; otra que se retira de la batalla con muchos menos pelos que al «romperse las hostilidades»; varias con lesiones leves, y otras con contusiones de menor cuantía.

Las niñas, mientras tanto, escandalizan ó sufren ataques de histerismo agudo. El médico del teatro no hace más que pedir éter, antiespasmódica y agua de azahar. Solicita también 10 ó 12 metros de tafetán y 8 ó 10 kilos de algodón hidrófilo.

—¿Algodón hidrófilo ha dicho usted?
—pregunta el representante de la empresa.

—Sí, señor.

—¿No sería mejor algodón pólvora?

Mientras tanto, el empresario llama por teléfono al arquitecto.

—¿Qué pasa? —pregunta éste.

—¡Que venga usted inmediatamente!

—Pero, ¿ha ocurrido algo grave?

—Sí, señor; venga usted deprisa.

—¿Se ha hundido el teatro?

—Peor que eso.

—Pues voy en seguida.

A los diez minutos llega el arquitecto y recorre con el empresario los tejados del teatro.

—¿Y es aquí donde quiere usted instalar la jaula?

—Sí, señor.

—¿Y para qué quiere usted semejante artefacto? ¿Va á debutar algún número de fieras?

—Sí, señor.

—Pero aquí, á la intemperie, se van á morir.

—¡Pues eso es lo que yo quiero!

—¡Hombre!... —exclama, asombrado, el arquitecto. —¿Qué clase de fieras son?

—¡Las madres de las artistas! —contesta, indignado, el empresario.

En todos los teatros hace falta una de estas jaulas. No lo olviden los empresarios ni los candidatos á empresarios; y así, cuando las artistas pregunten:

—¿Y mi camerino?

—Aquí está.

—Pero aquí no hay sitio más que para mis vestidos y para mí. ¿Dónde voy á poner á mi madre?

—¿A su madre? No pase cuidado alguno por ella. En este teatro no omitimos detalle alguno para comodidad de las artistas. Arriba, en el último piso, hemos instalado una habitación muy bien ventilada y que reúne todas las condiciones de seguridad apoteables.

EL APOTEOSIS DE PASTORA



El único espectador á quien todavía logra entretener la Imperio.

Y se lleva á la madre á la jaula que por clasificación le corresponde.

ANTHONIUS

Hojas de yerba.

EMBAJADA

Porque eres hermosa y pensativa;
porque ocultas extrañas sugerencias;
porque tienen tus ojos de cautiva
la magia de atraer los corazones;
porque en tu cuerpo —lámpara votiva—
hierve sangre de antiguos infanzones;
porque tu boca la blasfemia esquiva
y es pura como un libro de oraciones;
porque tiendes la mano á los caídos
y hay en ti la blandura de los nidos
y el mullido satin de los plumajes,
por eso, y por lo blanca y por lo buena,
estos versos, divina Nazarena,
van hacia tí... como catorce pajes.

F. RESTREPO GOMEZ

LA "PERLITA,"

Hacia cerca de un mes que mis calaveradas y malandanzas me habían llevado a X***, un pueblo sucio, mezquino, renegrido, bajo la densa nube de polvo que alimentaba la explotación incesante de varias minas de carbón y de plomo.

En esos villorios miserables, embrutecidos por el trabajo y la fatiga, la vida nos opone su mueca peor: son especie de presidios mayores donde, lentamente, el si-

lencio y la falta de impresiones y de mujeres nos dan la sensación mortal de la asfixia.

Así llega un momento en que la necesidad de la hembra, violando exquisiteces sentimentales, surge imponente, ataviada con todo el pujante y brutal poderío de las funciones materiales; es algo horrible que abrasa las manos, pone en la boca sabor metálico y batanea en las sienas y puebla nuestros sueños de pesadillas insensatas; una especie de exuberancia física que inspira, juntamente con un atávico y criminal deseo de reñir, una monstruosa afición a la sangre.

En esta descompuesta situación de ánimo me hallaba yo, obligado por severos deberes profesionales, á acostarme temprano para madrugar con el sol; las duchas y los largos paseos á caballo, lejos de calmarme, me exasperaban y enardecían; algo trágico congestionaba mi cerebro; ficciones espantables de lujuria y de crimen me acometían, revelándome los gozosos estremecimientos más aborrecibles de la voluptuosidad y de la muerte.

Una noche, hallándome en el Casino jugando una partida de ajedrez fueron á decirme que en la calle había una mujer preguntando por mí. Inmediatamente salí á ver quién era y me hallé con una vieja alta, nudosa, enjuta, encorvada bajo un largo manto negro: sobre la línea oscura de sus labios, la nariz, semejante al pico de un ave carnífera, se retorció puntiaguda y tajante.

— Adiós, señor don Luis; yo deseaba cambiar con usted unas palabras.

— Estoy á sus órdenes. Retrocedió tres ó cuatro pasos, atrayéndome hacia el centro de la calle; yo la seguí, venteando un sabroso lance de amor; mis mejillas quemaban, y res-

NI A LA VENTANA T'ASOMES



—¿Qué dicen ustedes? ¿Que quieren verme toda entera?
¡Pues se tendrán que conformar con la cabecita!...

VISITAS FORZADAS

piré con ansia el aire fresco y puro; la luna volcaba sobre el pueblo dormido una oleada sedante de luz.

—Yo —comenzó diciendo mi interlocutora— soy tía de Carmen...

—¿Carmen?—repetí sorprendido.

—Sí; de Carmen la *Perlita*.

La vieja se sonrió.

—Sí, la conoce usted; esta mañana, cuando iba usted á la mina, la vió usted frente á la iglesia. Mi sobrina es una moza alta... morena... parece de bronce...

De pronto, recordé.

—¡Ah, sí! —dije— Efectivamente, es una lindísima muchacha. ¿Y bien?

—Yo iba con ella cuando usted pasó, y comprendí que usted la miró... como saben mirar los hombres á las mujeres guapas. A mis años, se conoce la vida por dentro. También sé que usted es soltero, y aquí, en este pueblo donde no hay distracciones, los hombres solteros se aburren demasiado. Si usted quiere, puede visitar á mi sobrina.

Aquella oferta, que en otra época, probablemente, no me hubiese emocionado, hizo vibrar todos mis nervios.

—Vamos —contesté.

El aguilón semblante de la alcahueta había adquirido, como por ensalmo, una gran expresión de tristeza.

—No me tome usted mala voluntad por lo que voy á decirle —baluceó—; pero es el caso... que nosotras somos muy pobres; mi marido murió en la mina hace cuatro años y, desde entonces, mi sobrina y yo vivimos casi de milagro. Si usted pudiera darme quince pesetas...

Saque la cartera precipitadamente, dominado por una calenturienta agitación que hacía temblar mis dedos, y repuse:

—Tome usted cinco duros.

Echamos á andar, siguiendo, para no ser vistos, una maraña de callejones oscuros.



—¿Pero, otra vez aquí, don Nicanor?
—¡Chica, sí! Con todas me pasa lo mismo: para cuando me he querido dar cuenta, ya estaba adentro...

Durante el trayecto, la vieja me refirió una historia vulgar de perversidad y de inocencia: su sobrina tenía diez y siete años, y era huérfana de madre; su padre, poco después de enviudar, se embarcó para el Brasil y nadie había vuelto á saber de él.

Dos años antes un, ingeniero inglés engañó á Carmen, la muchacha, indudablemente, más bonita del pueblo: fué una violación infame perpetrada á la fuerza.

—Mi pobre sobrina, que es una niña —continuó la vieja—, no supo defenderse. Esto, afortunadamente, nadie lo sabe...

Mientras ella hablaba, yo procuré recomponer en mi memoria la imagen de la *Perlita*, y recordaba su rostro gitanesco, sus ojos magníficos, negros y ardientes, y el redondo aparejo de su pechazo juvenil

y los picantes retemblios de sus caderas al andar.

Nos habíamos detenido frente á una casa situada en las afueras del pueblo y en la parte más excéntrica de un pendiente y sarmentoso callejón, cerca ya del egido.

Al abrir la puerta del zaguán, mi acompañante se volvió hacia mí con aire misterioso.

—Mi sobrina —dijo— le espera á usted. Sin embargo, como es tan chiquilla, tan inocente... se avergüenza de todo... y me ha rogado le dijese á usted que deseaba recibirle á oscuras. Usted, que es hombre tolerante y de mundo, sabrá transigir con este capricho...

Y añadió, esbozando una larga sonrisa fría y cínica:

—Más adelante, cuando se conozcan ustedes mejor, tendrá usted tiempo de encender luz...

Yo también sonrei, haciendo con la cabeza un signo afirmativo, interesado repentinamente por la novedad de la escena.

La vieja caminó delante de mí, llevándome por la mano: así cruzamos un patio, subimos una escalera y recorrimos varias habitaciones en las cuales nuestros pasos resonaban bulliciosamente. La vieja se detuvo.

—Aquí tiene usted su cuarto —dijo—; paso usted.

Avancé en las tinieblas sin miedo, extendiendo los brazos para no tropezar; detrás de mí, la puerta de la alcoba se cerró sin ruido. Yo murmuré:

—Carmen.

DE ANGORA



—¡Y pensar que hay quien pega á las gatas! ¡Con el gusto que da tener una encima!

Una voz fresca, dócil, humilde, una voz de esclava, respondió á la mía:

—Aquí estoy.

—Oí crujiir los muelles de una cama, y sobre el suelo el roce de unos pies desnudos: avancé; mis manos tropezaron con un cuerpo desnudo. Lancé un suspiro bronco de posesión y rabicso júbilo, y estreché á Carmen contra mi pecho fuerte mente.

Ella reía...

—¡Qué hermosa eres! —balbuceé—; ¡oh, qué hermosa!...

Mis manos invasoras, deslizándose impacientes de un punto á otro, acariciaron lascivas toda aquella carnaza fría, suave, espléndida. Luego desató sus cabellos, que eran largos y finos, y me los envolví alrededor del cuello.

—Así —dije— estaremos más juntos.

Ella reía, girando complaciente sobre sí misma, propicia á satisfacer todos mis antojos.

Su hilaridad llegó á serme molesta: Carmen no respondía á mis preguntas; su risa era algo muerta, inexpresiva y mecánica, que sofocaba la fría impresión de las cosas sin alma. Nos acostamos. En la oscuridad, la posesión de aquel cuerpo complaciente y callado me dió á gustar uno de esos quiméricos deleites sobrehumanos que sólo conocen los fumadores de opio y de hashisch.

No volví á casa de Carmen; á la noche siguiente, un telegrama me obligó á salir de X*** y regresar á Madrid.

Dos años más tarde, hallándome en una estación balnearia del Mediodía de Francia, tropecé con uno de los ingenieros que había compartido conmigo las odiosas soledades de X***.

Aquel encuentro nos procuró á los dos regocijo sincero; recordamos los «viejos tiempos», felicitándonos de que hubiesen pasado: las excursiones á caballo, las noches perdidas en el Casino bajo la luz que proyectaban las redondas pantallas de los quinqués. También hablamos de lo que, durante aquella época, la falta de mujeres nos hizo sufrir.

—Entonces —exclamó el ingeniero—, el que lograba tener una querida no se lo decía á nadie.

—¡Oh!, no hay nada tan egoísta como el amor, sobre todo cuando es difícil conseguirlo.

—Y en aquel tiempo las conquistas andaban escasas, y las que se lograban tenían un tufillo desagradable de cosa manoseada.



Carmelita Salón

Al ver un Salón de esta índole se siente uno con ganas de ser artista, aunque no fuese más que para debatir en él. ¡Guapísimo!

Yo referí con cierta petulante ufania mi aventura con Carmen la *Perlita*. Mi interlocutor no me dejó concluir.

—¡La conozco! —dijo— No me gustó; pasé una noche en su casa, y no volví; era tonta.

—¡Tonta! —repetí estupefacto y presintiendo que mi amigo tenía razón.

El prosiguió hablando muy alto, con su impertinente y gracioso acento exótico.

—Sí, señor: tonta; completamente tonta. Por eso su tía y administradora, la tenía recomendado que no hablase y que no recibiera á nadie con luz.

Declaro sin rebozo que las palabras del ingeniero me lastimaron, pues me rebajaban á los ojos de mi propia conciencia. Había, efectivamente, algo grosero, puramente bestial, en aquella terrible noche de amor pasada en silencio y á oscuras, entre los brazos de una imbécil.

EDUARDO ZAMACOIS

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

La campanilla eléctrica La amistad que empezó allá en el colegio, cuando eran niñas, se había conservado igual siempre, y ahora, ya mujeres, eran íntimas amigas. Se querían

Nunca se hubieran casado, Juana con M. de la Paumérie, y Pascuala con M. de Montfriloux, si no se hubieran comprometido á vivir todos reunidos después de casarse. Los maridos cumplieron la palabra

que dieron cuando novios, y habitaban en la calle de Malherbes. Pascuala, en el primer piso; Juana, en el segundo; una escalera interior ponía en comunicación los *boudoirs* de ambas amigas, de suerte que podían verse á todas horas; algunas veces se encontraban una al subir y otra al bajar; se sentaban en los escalones, y allí, despeinadas, á medio vestir, se contaban mil y mil cosas, y no estaban sus lechos conjugales más separados de lo que estaban allá en el convento sus pequeñas camas de pensionistas, en el gran dormitorio pintado de blanco. Sin embargo, aquella intimidad no bastaba á su celosa ternura, y Pascuala, un día, dijo á Juana, después de un silencio, con el acento y el aire de una persona que ha reflexionado largo tiempo sobre un grave asunto:

—¿Qué piensas del matrimonio, monina?

—Pues... ¡qué demonio!... yo pienso que,

después de todo, no es tan terrible como habíamos imaginado, y que no se hacen esperar mucho tiempo las compensaciones á sus primeras amarguras.

—Esa es mi misma opinión. Se acostumbra una á todo, y hasta se acaba por tomar gusto á las cosas que, á primera vista, le

DE CAMARERAS



—¿Verdad que tú y yo podíamos hacer algo?

—Sí; ¡peso!

en el mundo como se habían querido en el convento; estaban casi constantemente juntas, iban á paseo en el mismo coche, asistían al teatro en el mismo palco, llevaban trajes iguales, y era su mayor placer besarse en cualquier rincón furtivamente, por encima de sus tenués velos.

parecían á una espantosa: por mi parte, confieso que soporté las caricias de M. de Montfriloux con una paciencia que tiene bien poco mérito.

—Lo mismo me sucede á mí: mis complacencias con M. de la Paumérie están recompensadas por una satisfacción que algunas veces llega hasta el exceso.

—Sin embargo, querida mía, mi dicha no es completa!

—¿Por qué, Pascuala?

—Porque no estamos casi nunca de acuerdo en nuestras expansiones... Quiero decir, que cuando yo soy feliz, ocurre que tú no lo eres... Vamos, ya me entenderás. Para llegar á ese acuerdo es para lo que se me ha ocurrido lo siguiente.

Y Pascuala comenzó á hablar al oído de su amiga, que al principio fingió el ceño, pero que bien pronto estalló en alegría.

—¿Qué? ¿de veras? ¿Es eso lo que has inventado?

—¡Sí!

—¿Una campanilla?

—¡Eléctrica!

—¿De tu alcoba?...

—¡A la tuya!

—¡Pero eso es una locura!

—¿Cumplirás tu juramento?

Juana se puso seria.

—Lo cumpliré— dijo solemnemente.

II

Algunos días después de esta conversación, M. de la Paumérie se sentía el hombre más sorprendido y asombrado del mundo, y no podía comprender una palabra de los caprichosos manejos de su mujer.

Alegre como un pájaro en su jaula, sonriéndole desde que entraba en su casa, ofreciéndole á cada momento sus labios, no había dejado de ser desde la mañana á la noche, la Juana adorable de otro tiempo; pero llegada la noche, se mostraba de humor ex raño. Cuando estaban uno jun-

POR CULPA DE LA ORQUESTA



—Oye tú: ¿por qué abrirá aquélla tanto las piernas?

—¡Toma! ¿No ves que es bailarina, y que la están tocando?...

to á otro, sus cabezas reposando sobre la misma almohada, ocultos bajo las cortinas del lecho, ella se envolvía en su camisa, otras veces, menos austera, y, diciendo que estaba cansada, fingía dormir... Entonces su marido, despechado, no tardaba en dormir con un sueño verdadero y profundo.

Pero de pronto, unos brazos tiernamente enlazados á su cuello, unos labios que ardientemente buscaban los suyos, le arrancaban de su reposo, al mismo tiempo que un ligero ruido, repetido, apenas perceptible, parecido al de un campanilleo que sonara entre algodones, se dejaba oír en el silencio de la habitación. «Eso qué es»... y él lo atribuía á ese ruido de oídos particular que se siente cuando uno se despierta bruscamente, ó á un resto de pesadilla. Por lo demás, no le era posible prestar mucha atención á ese ruido, porque Juana le turbaba con sus monadas y sus caricias... M. de la Paumérie no se

quejaba, ciertamente, de aquel brusco despertar: la dulzura de la realidad (una garganta fresca saliendo de entre encajes y lazos, finos y nacarados brazos, hacia los que se inclinaba una linda cabecita con movimientos de gata, camisa que parece á punto de desprenderse de los hombros) era bastante para consolarle del sueño que perdía...;

III

El vizconde de Argelés estaba muy enamorado de madame de la Paumérie.

¿Experimentaba ella alguna especial

satisfacción al verse amada por un hombre de la mejor sociedad, distinguidísimo, hasta el punto de que pocas mujeres le hubieran desdeñado? No es nada inverosímil esta hipótesis; por lo cierto es que ella no había dejado nunca de demostrarle, por la reserva de su actitud y la frialdad de sus miradas, que el vizconde alimentaba en vano culpables esperanzas. Desgraciadamente, el vizconde no era de esos seductores que se descorazonan desde los primeros momentos, y á los que alejan las dificultades. Y un día que el criado no estaba en casa, que la doncella, quizá comprada, acababa de salir, el vizconde

MIMOS NUEVOS Y VIEJOS



—Anda, rico; ¡qué pescuecín! Bájate el cuello, bájate, maridito...

se introdujo, impertinentemente, en el cuarto de madame de la Paumérie.

—¡Salga usted inmediatamente, caballero! — gritó Juana, presa de un terror, tanto más legítimo, cuanto que se veía su rosada piel á través de su transparente peñador, en la media luz del *boudoir*.

Lejos de salir, el vizconde avanzó hacia ella, la cogió las manos y empezó á besárselas furiosamente, mientras balbuceaba las más ardientes caricias; pero Juana logró ponerse en pie, y ya iba á repetir el «¡Salga usted inmediatamente!», cuando... sonó la campanilla eléctrica. ¡St, sonaba de un modo imprevisto, en pleno día! Aunque el sonido se oía algo lejano, en la habitación inmediata, Juana lo reconoció... no... no era posible engañarse. Y sonaba... sonaba de firme. Pascuala, sin embargo, no ignoraba que á aquella hora M. de la Paumérie no estaba nunca en casa. ¿Qué hacer? Desobedecer á su amiga. ¿Romper su sagrado compromiso? Juana no podía soportar semejante idea. No; ella no faltaría jamás á la palabra empeñada... Y la campanilla sonaba, sonaba sin cesar, mientras M. de Argelés continuaba suplicando de rodillas, con las manos juntas, implorando, jurando amor eterno... ¡Ah!... Juana se dejó caer sobre la *chaise longue*, tapándose los ojos con las manos, la cara oculta entre sus despeinados cabellos, víctima de su fidelidad al juramento...

CARULO MENDES

CUENTOS PERVERSOS

La venganza de don Segundo.

Voy á pintaros en dos palabras el retrato del protagonista del *drama cómico* cuyo asunto me ha sugerido la idea de escribir el presente artículo, escrito con la mejor *idea* y la más sana intención para vuestro recreo y ameno esparcimiento, lectores queridos.

Don Segundo — que así le pusieron á

·LAS MANOS, QUIETAS!



—Creo, Juan, que porque le hablé á la Eloísa no «te se» va á «derritir»...

—No; pero, por si acaso, no me la toques.

nuestro héroe en la pila bautismal—, era un hombre como de unos cuarenta ó cuarenta y cinco años, bajito, regordete, algo obeso, otro algo patizambo, de aspecto sencillo, bonachón, siempre sonriente, cumplido con todo el mundo, lo que le hacía granjearse la simpatía de cuantas personas le trataban. Era —para decirlo de una vez— un bendito, un trozo de *bizcochada*, ó dicho más vulgarmente, un pedazo de pan.

Hacia poco más de un año que se había unido para siempre en el altar de Hime-neo á una preciosidad de criatura, un encanto de mujer, Elena —y no os la describo por no excitar vuestros... nervios—, que, aunque por la edad podía ser su hija, le *amaba locamente* —según decía don Segundo á un *tercero* que quisiera escucharle.

—¡Qué mujer la mía! —pregonaba el buen señor á los cinco vientos (¿qué más da un viento más ó menos?)— ¡Es una santa.

Era, pues, éste un matrimonio dichoso, feliz.

Vivía con ellos un sobrino de don Segundo, que cursaba en la corte la carrera de Leyes, arrogante y guapo mozo, de carácter alegre, el cual se llevaba en Madrid la mejor vida que pueda imaginarse, pues sabido es que nadie se divierte ni goza más en este pícaro mundo que el estudiante... que no estudia.

Don Segundo estaba empleado en el Ministerio de Hacienda, donde ganaba un regular sueldo, que si no suficiente para darse una vida de príncipe, permitíale

¡POBRE CHICA!



—Me ha dicho la dueña que yo entro en la casa para quitar el polvo nada más. ¡Nada más, y tiene diez y siete huéspedes!

poner al medio día un sabroso cocido *ilustrado*, como llamó Eusebio Blasco á esa clase de cocidos en los que, amén de su correspondiente sopa, tocino, chorizo, etcétera, es indispensable el cuarto de gallina, la lonja de jamón y otros *añentes* que convierten al vulgarísimo cocido en un plato en extremo caro, no al alcance de todas las fortunas.

El día en que lo presentamos á nuestros lectores, celebraba don Segundo su fiesta onomástica. Cuando llegó á la oficina á eso de las diez de la mañana, sonriente y feliz como siempre, fué felicitado por sus compañeros con gran cariño y cordialidad:

—Don Segundo, felicidades.

—Felices, don Segundo.

Este, luego de agradecer aquellas atenciones, sacó una docena de exquisitas *brevas*, marca extra, que repartió entre los presentes; y después de charlar un rato, dispusieron á trabajar.

Cinco minutos antes de la hora reglamentaria, don Segundo tomó su paja (sombrero de; no le confundáis con un pollino), y se despidió de sus compañeros, diciéndoles:

—Señores, esta tarde no vendré: tengo permiso del jefe; así es que hasta mañana.

—Adiós, don Segundo.

—Que usted lo pase bien.

Y, luego de recibir nuevamente otras demostraciones de cariño y simpatía, marchó á su casa, donde la humeante y sabrosísima sopa le esperaba en la mesa.

Una vez que hubieron comido el matrimonio y Jesús —que tal era el nombre del sobrino de don Segundo—, levantóse este último de la mesa, dispuesto á marcharse, como de costumbre, á la oficina.

—¿Pero es que no vas á pasar la tarde conmigo, *Segundito*? ¿Ni siquiera un día puedes faltar á esa dichosa oficina? —le preguntó mimosamente su esposa, rodeándole el cuello con sus brazos desnudos.

—¿Qué quieres, hija mía? Yo bien quisiera; pero antes es la obligación que la devoción, nenita.

Y depositando un ósculo paternal en la frente de Elena, salió á la calle. Su mujer asomóse al balcón para darle el último adiós.

Cuando hubo doblado la esquina, don Segundo, satisfecho de su suerte, decía para sí:

DESPUES DE LA ISIDRADA



—Chica, ya se fueron los isidros. Qué anchas nos han dejado, ¿verdad?
—¡La mar de anchas!

—¡Qué mujercita tengo! ¡Vale un millón de imperios! ¡Y qué sorpresa la voy á dar!... Ahora voy á la confitería, compro unas golosinas, y dentro de media hora, cuando ella me cree en el Ministerio, estoy en casa de vuelta... ¡Ah, y para no tener que llamar, he tenido buen cuidado de coger el llavín antes de salir. D3 este modo, entro sin que me sienta y la sorprendo. ¡Y qué alegría la voy á dar!... ¡Cuidado que soy pillín!...

Aquí llegaba su monólogo, cuando encontr3se frente á una de las mejores dulcerías de Madrid. Compró un kilo de bata-

ta, otro de mazapán y otro de dulces finos, variados, y con las tres cajas á cuestras, que formaban un bulto de regular tamaño, fuese por donde hubo venido, en dirección á su domicilio.

Con gran sigilo, abrió la puerta y entró en su casa. En el comedor no había nadie. La puerta del gabinete estaba cerrada.

—Estará —se dijo— en el gabinete, leyendo alguna novelita, como acostumbra.

Y andando de puntillas, con el paquete de dulces debajo del brazo, dirigió sus pasos hacia el gabinete. Antes de llegar á él, oyó la voz de su sobrino Jesús.

—¿Cómo no está en la Universidad? —preguntóse, extrañado, don Segundo—. ¿Habrá holgado como es mi santo?... Sí, eso será...

Y siguió avanzando, hasta llegar á la puerta del gabinete. Aplicó uno de sus ojos al de la cerradura, y juzgad cuál no sería su asombro al ver á su esposa sentada en el sofá, con la vista fija en el suelo y las mejillas encarnadas, y á su lado, muy cerca, á su sobrino Jesús, aprisionando entre las suyas las manos de Elena, que besaba con fruición, al propio tiempo que vertía en sus oídos, muy bajito, delicadas promesas de amor.

—Sí, chiquilla mía, sí: te quiero más que á mi vida, con locura; te amo con el más puro, el más desinteresado de los amores. Desde el día —¡día venturoso!— en que tuve la dicha de conocerte, tu imagen la llevo grabada en mi alma, y para mí no existe ya otra mujer en el mundo que tú, tú, rú, (*exaltado*): la más hermosa, la más santa, la más divina de las mujeres...

Don Segundo esperó un minuto, y habiéndosele agotado la paciencia, hizo girar el picaporte, y, como por encantamiento, apareció ante los delincuentes, quienes, mudos de es-

DEL HOGAR DOMESTICO



—¡Miserable! ¿Es que con usted no vamos á tener jamás una criada segura en casa?

—Pues mira, Purificación, te equivocas; porque yo las doy todo género de seguridades.

panto, llenos de terror, contemplaron al esposo ultrajado, el cual, á pesar de todo, no había abandonado su sonrisa característica.

—¡Jesús! ¡Mi marido! —gritó Elena.

—¡Está bien! —exclamó don Segundo.— Quería daros una sorpresa... ¡y á fe que ha

LA AFICION TAURINA



—Debe tener mucho mérito eso que dice hoy la revista: «¡De frente por detrás!»

sido grande! Cierito que, á su vez, vosotros no habéis dejado de sorprenderme. ¡Quién lo había de creer! Una mujer que tanto me aderaba, engañarme de esta manera... ¡Y con quién! ¡con el canalla de mi sobrino! Jesús tembló de pies á cabeza al notar que su tío se dirigía á él. Don Segundo continuó así:

—¡Desagradecido, miserable! Te he tenido en mi casa desinteresadamente, y

gracias á mí, pues que tu pobre padre no podría sufragarte los gastos que ocasionan tu estancia en la Corte, vas sacando adelante, aunque muy lentamente, tu carrera de Leyes... Te estoy haciendo un hombre... ¿Y este es el pago que me das? ¿Te parece bien lo que has hecho conmigo, es decir, con mi mujer? Merecías que te arrojara de mi casa para siempre; pero no lo hago así, porque entonces no serías sólo el castigado, sino tu padre, mi pobre hermano, y pagarían justos por pecadores...

Don Segundo había abandonado su sonrisa habitual. Calló un momento y comenzó á pasearse por la estancia. Parecía reflexionar, meditar su plan de venganza. ¡Oh, sí, había que castigar á los culpables! De pronto, como si hubiera tenido una idea feliz, se volvió contra ellos, y, con gran solemnidad, exclamó:

—Sea. Puesto que lo habéis querido, sea. ¿Veis este paquetito? (Y mostrábase el paquete que conservaba aún debajo del brazo.) Pues contiene tres kilos de dulces escogidísimos. Los había comprado al salir, con objeto de sorprenderos, para comérmelos en amorosa compañía; pero ahora, en castigo, me vuelvo al Ministerio, y los regalaré á mis compañeros de oficina, que sabrán agradecermelo más que vosotros. ¡Ingratos! ¡No merecís más que el desprecio!

Y, rápido como una centella, abandonó su casa, dando un terrible portazo.

Elena y Jesús no acababan de salir de su asombro.

FRANCISCO SERRANO BAENA

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑÍA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España»

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de «Ediciones España»,
Calle de Santa Isabel, 45.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de La Hoja de Parra en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRESA
DE
Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Crtopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-irascu-
lares, impotentes, gastados por abu-
sos de Venus, solitarios, alcohólicos,
pesares, estudios, & viejos sin años,
recobrarán las fuerzas de la juventud
con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso
externo. Los medicamentos al interior
si son débiles, estropean el estómago
y no producen efecto, y si son fuertes
matan la salud. El VIGOR SEXUAL
KOCH se vende en las boticas bien
surtidas del mundo. Conviene que para
determinar el grado de DEBILIDAD se
pida á la CLINICA MATEOS,
Arenal, 1, 1.º, MADRID (Espa-
ña) el GRÁFICO SEXUAL, y lo recibi-
rán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, F6, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á Archivo. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.